

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sablos ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*

No limitaré vive Dios,
á ninguno de esos dos.

Plenso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injurar.
ni á la decencia faltar.

Y quien así no lo crea
buen arreglo, que me lea.

ANO III | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al administrador.

NÚM. 128 127

Pravia 3 de Julio de 1904

LA JORNADA DE OCHO HORAS

Vuelve á estar sobre el tapete la debatida cuestión de la jornada de ocho horas para los obreros, tan tenaz como inconsideradamente pedida por ácratas y socialistas como si ella y el aumento de salario fueran los dos únicos factores que determinarían, si no la solución del problema social, cuando menos la base principalísima sobre que ha de girar la holgura y bienestar del obrero....

¡Error lamentable!

Respecto al salario, ya en otras ocasiones demostró EL ZURRIAGO, y una triste y dolorosa experiencia está comprobándolo, que el trabajador no vive hoy, cuando cobra casi doble jornal que antes, vida más desahogada, no tiene mejor cubiertas sus atenciones, ni siente menos necesidades que entonces.

Porque, si se encarecieron los salarios, al igual de éstos se encareció, como consecuencia lógica, la vida para el obrero. Y es inútil que éste se afane en buscar nuevas fuentes de ingresos, si ellas han de producir por sí mismas ó irremisiblemente un manantial perenne de mayores gastos que apenas se vean compensados por aquéllos.

En cuanto á la jornada de ocho horas también se puede sostener que es irracional y contraproducente para el bienestar que persiguen el obrero.

Es irracional; porque no se fundó en la equidad y justicia que debe reinar siempre en toda aspiración noble y generosa.

Y no hay equidad ni hay justicia en pedir igual número de horas de jornada para trabajadores que tienen ocupaciones de índole tan distinta. Trabajar ocho horas en sitios insanos ó en labores penosi-

simas que suponen grandes desgastes de energía sería cruel é inhumano; en cambio estar ocho horas en un taller sano y ventilado, al lado de una máquina movida á vapor, sin más ocupación que la de engrasar de vez en cuando, conservar la limpieza y prever algún desperfecto que pudiera ocurrir, me parece tan descansado y llevadero que sería gollería quejarse de tal trabajo y pedir más descanso.

Para el hombre cuya ocupación está al lado de una caldera de alta temperatura, ó en el insano pozo de una mina de cinabrio, ocho horas de trabajo son jornada excesiva que nadie puede soportar, ni patrono alguno imponer; pero para aquel otro trabajador, cuya ocupación no le exige esfuerzo ni desgaste de ninguna clase, y que tan descansado se encuentra al terminar la jornada como al comenzarla, la jornada de ocho horas es muy pequeña, y en manera alguna debe pedirse.

De todo lo cual se deduce que la pretendida jornada por que tanto suspiran los obreros, es irracional á todas luces; y por consiguiente debe desecharse, sustituyéndola, en todo caso, por otra gradual acomodada á la diversa índole de los trabajadores y hasta, á ser posible, á las condiciones físicas de cada individuo.

Pretender lo contrario es empeñarse en un absurdo; y por añadidura pretender lo que resultaría en la práctica contraproducente para el mismo fin que persiguen los entusiastas partidarios de la jornada de ocho horas; porque con asi se encarecerían considerablemente los medios de producción y con ellos, como es natural, los de subsistencia.

Porque no hay que darle vueltas: el que produce caro tiene que vender caro, se pena de sucumbir en la demanda. Y ni lo uno ni lo otro le conviene al obrero que de rechazó paga siempre los vidrios rotos.

Si se encarece la vida, no ga-

na para comer. Si parece la industria no encuentra donde trabajar.

Por eso el ideal para el obrero debe ser siempre el justo medio el equilibrio estable entre lo que puede y debe ganar y lo que le cuestan los medios de subsistencia.

Desde el momento en que trate de forzar la máquina, quebrantando este equilibrio, vendrá irremisiblemente el desastre, y con él la miseria, el hambre, la cual lo mismo se produce para el obrero ganando demasiado poco, que imponiéndose para ganar mucho con exceso.

Cuentos sociales

XI JAUJA

...Y hasta hoy hemos estado esperando la contestación de Huergo, á nuestro número IX, con más paciencia que la que necesita un chico del socialismo para aguardar la Jauja que sus jefes le prometen.

Y ya que de Jauja hablamos, al reanudar los cuentos volveremos á tratar de la que hemos constituido, en el octavo, en uno de los pueblecillos de Asturias, al que dimos el nombre de X, y en el que había triunfado el socialismo en toda la línea, gracias á los incomparables esfuerzos del *leader* D. Ramón y su discípulo Pepe, según recordarán nuestros lectores, ó según pueden recordar, leyendo otra vez la historia.

Y no vamos á sacar en la presente al buen Pepe de la cárcel en que le habíamos metido, ni vamos á arreglar tampoco su matrimonio con Cari; D. Crispín Suárez y Suárez, el Zapatero de X, reclama en este momento toda nuestra atención, por las enseñanzas que nos pueden resultar de las dos mil cosas que hizo.

El capital en X se había hecho colectivo; sus productos se habían puesto en común, y cada compañero tomaba de ese producto su parte, según sus necesidades. Y como, á pesar de los sueños del sistema, había habido necesidad de crear administradores, según vimos en el VIII, D. Antonio se encargaba del reparto y D. Ramón de las cuentas.

Crispín Suárez era un verdadero maestro de obra prima; y como era también el único de aquella Jauja, ganaba un dineral, literalmente. Y no sólo por lo admirable de sus obras, sino también por su constancia y aplicación en el trabajo,

y por su absoluta carencia de todo vicio

Como en el cuento pasado no metimos á Crispín, se nos olvidó decir que éste era un socialista tan acérrimo como Pepe. Y como socialista, por lo tanto, aportaba al trabajo colectivo todo el producto de su trabajo particular.

Que las cantidades aportadas eran buenas, no hay para qué afirmarlo: ya hemos dicho que Crispín ganaba mucho. Tanto, que, si no fuese por el dichoso colectivismo, á la hora en que le vemos tendría unos cuantos ahorros disponibles, sin necesidad de acudir á D. Antonio para nada, como tuvo que acudir cuando le dió la tentación de descansar un poco y salir de veraneo nueve días.

Quedó en una pieza: nunca lo hubiera creído del colectivismo aquel: D. Antonio como hombre de conciencia, no le podía entregar el dinero que pedía, porque, en primer lugar, el dinero era de todos, y tenía que aprovechar á todos; y en segundo, porque él sólo tenía orden de entregar á cada uno la estrictamente necesario para sus necesidades.

D. Crispín quedó en una pieza, repetimos: porque cuando le predicaban las nuevas doctrinas, le juraban y perjuranaban que el patrono, ó, ya que no el patrono, el capitalista, le explotaba, pues que nunca le ofrecía el producto íntegro de su trabajo, y ahora, implantado el sistema resultaba que el producto íntegro tampoco parecía; que el colectivismo le explotaba con más furor que el patrono; que se había quedado sin ahorros de ningún género y que se le permitía únicamente llenar sus necesidades, sin esperanza ninguna de algún futuro mejor.

Don Crispín no salió de veraneo, pero la sociedad se la pagó; no volvió á hacer más zapatos; arrojó los trastos á la calle y se dedico á pasear.

Porque lo que él se decía: yo ganaba antes más que lo que necesitaba, y el colectivismo me entregaba menos; me explotaba la mitad para entregarlo á quienes ganaban poco; ahora, que e vuelva la tortilla.

Y claro está: como Crispín no trabajaba ó si trabajaba algo, lo hacía tarde, mal y nunca, las necesidades de Crispín se multiplicaron.

Ya no era el hombre robusto y resistente del principio, sin vicio alguno y sin enfermedad ninguna: ahora se había trocado en enfermizo y calamitoso hasta dejarlo de sobra, y tenía casi todos los vicios. Y como para vicios no le daba la sociedad, robaba; y como los vicios le estragaban, se ponía enfermo cada cuatro ó cinco días, y gastaba del capital colectivo, sin aportar un solo céntimo.

Y aquí fué Troya: los demás trabajadores se plantaron también, como se había plantado Crispín; dijeron también que nones, y dejaron el trabajo.

Discurrieron lo mismo que el zapatero: —Si yo ganaría más que lo que necesito ¿por qué he de perder ese exceso para que coma con él quien gana menos, ya porque vale menos su trabajo, ó ya también porque no quiere ganar?

Porque no había sido Crispín únicamente quien se había echado esas cuentas: habían sido otros muchos, conocidos ya en el pueblo de antemano por su poquísima afición á empuñar los instrumentos.

Y plantados los trabajadores, la sociedad socialista del pueblecillo de X, volvió á ser lo que era antes: mandó á la perra el sistema, y cada cual volvió al trabajo, buscando su provecho y no el de los demás, y buscando en el ahorro de sus productos un aliciente en tan pesada tarea.

Y la constitución del socialismo en X sólo produjo: el consiguiente trastorno en el cambio de regímenes; el aumento de patronos de que hablamos en el VIII; el disgusto mayor que nuestro simpático Pepe sufrió en su vida; el aumento de viciosos en el pacífico pueblo, y la desgracia del zapatero Crispín.

Porque Crispín llegó á morir al cabo en el Hospital.

Y aún tuvo más consecuencias la implantación supradicha, pero de ellas hablaremos en nuestro próximo cuento.

C. Cabal

Congreso ordinario

Y tan ordinario

Me refiero al de la Federación socialista asturiana celebrado en Sama el día 26 del pasado Junio.

Confieso ingenuamente que no asistí á tan importante asamblea, donde presumo yo que harían de personajes y de oradores Vigil, Federal, Huergo, etc., etc.

Pero casi, casi puedo adelantar, antes que lo diga la *Escupidera*, ó á lo menos á la vez que tan carísimo colega, lo en semejante areópago sucedido.

Y estoy por apostar cualquier cosa á que hago una reseña del tal congreso bastante más ajustada á la verdad que las correspondencias de los corresponsales de Vigil.

Como que de seguro allí pasó lo siguiente.

Los dos primeros puntos del programa (lectura de actas y comunicaciones) no tienen importancia para mi caso.

El punto tercero dice así: «Conducta y gestión del Comité Provincial y del director de *La Aurora Social*.»

Respecto á tan interesante tema creo yo que habría elocuentísimos discursos.

Y que Vigil sudaría la gota gorda.

Como si lo viera: levantóse un minero y dijo á su modo:

«Respecto á la gestión del comité, creo que es cada año más desastrosa.

»Por los frutos se conoce el árbol y la gestión.

»La del comité no produjo más que corcho, luego alcornoque.

»El socialismo en Asturias anda cada día más descuajaringado, disminuyen los primos, aumentan los gastos y los gorriones que no pagan la cuota, las filas de nuestro partido y repartido se ven diezmos, y todo eso es culpa de la malísima gestión del Comité.

»Pero como á todo hay quien

gane, la conducta y la gestión de éste han sido y son un modelo de perspicacia y de actividad y de prudencia, comparadas con la del Director de la *Escupidera* (escándalo monumental), digo de *La Aurora*.»

Vigil todonervioso exclama: «El compañero orador no es socialista: me llama como el papalín de Pravia. ¡Protesto!»

El minero continúa: «Cálmese el compañero Vigil, que la cosa no es para semejante berrinche.

»Yo digo y sostengo que la conducta y gestión de V. como director de *La Aurora* han sido y son del to o disparatadas.»

Vigil colérico y tempestuoso protesta de nuevo, y le hacen coro Huergo y el *Federal*.

Los tres llenan de improperios al minero.

El resto del público se mantiene en situación expectante.

El minero grita:

»Compañeros, ¿no se nos llama para discutir, entre otras cosas, la conducta y gestión de Vigil como director de nuestro periódico?»

Voces generales: ¡Sí, sí!

«Pues entonces, continúa el orador, ¿puedo ó no discutir las?»

—¡Sí, sí!

Vigil y comparsa de *periodistas* se abroncan.

El minero sigue de esta manera:

«A discutir las voy: si algo digo que no sea justo, tiempo les queda á Vigil y ayudantes para contestar y defenderse.

»Digo, pues, que *La Aurora* está poniendo en ridículo al socialismo asturiano.

»Y con sus continuas meteduras de pata hace que pueda publicarse todas las semanas un periódico dedicado exclusivamente casi á poner en solfa las burradas de *La Aurora*.

»Ya supondréis que me refiero á EL ZURRIAGO.

(Al oír este nombre de mi persona, Vigil, Huergo y *Federal* caen presas de sendos soponics.)

»Ese periódico, á quien *La Aurora* dice que desprecia, porque eso es más cómodo y fácil que defenderse de sus ataques feroces, nos está moliendo las costillas semanalmente, y aunque se trate de nuestro mayor enemigo, hemos de confesar que lo hace con mucha gracia y que no le faltan motivos para propinarnos tan terribles zurriagazos.

»¿Quién tiene la culpa de que EL ZURRIAGO nos vapulee de esa manera?

»Suponed que no tuviésemos *La Aurora* ó que ésta se hallase escrita con sentido común y con un poco de honradez; figurémonos que ese órgano de nuestro partido fuese un periódico serio, sensato, que no dijera necedades, que no mintiera más que un rotativo madrileño: si así fuera ¿podría publicarse EL ZURRIAGO tal como hoy se publica, y fuera tan leído como lo es hoy?

(Voces: ¡No, no!)

»De consiguiente, *La Aurora Social* en manos de esos tres que ahí están sin sentido desde que cité EL ZURRIAGO, y sobre todo Vigil, de quien aquí se trata, merecen

un voto de censura por su malísima gestión y disparatada conducta en *La Aurora*.

»Un periódico que semanalmente da motivos para que los adversarios del socialismo nos aporreen las costillas, ¿es eso un periódico socialista?»

»Además, nosotros debemos ser enemigos de todo lo que es repugnante, como la mentira, la calumnia, la injuria, y en ese periódico nuestro, no se cultiva otra cosa que semejantes indecencias.

»Eso lo sabemos bien todos los aquí presentes.

»Por tanto, debemos declarar que ese periódico nos deshona.

»Finalmente un periódico que se ve precisado á pasarse la vida pidiendo por favor á los suscriptores que paguen, es un periódico perdido.

»Y no digo más.»

Así habló seguramente un minero, aunque no se decidió lo que él proponía porque Vigil, salido del soponcio, dijo que eso era dar gusto á los enemigos, etc., etc.

Y supongo que continuaría la sesión, pero yo me cansé de reseñarla.

Azotaina

Pues señor, parecía que no; pero lo cierto es que el papalín clerical de Pravia levanta ronchas á los explotadores de los obreros que escriben en el papalón anticlerical de Vigil y compañía.

Vino EL ZURRIAGO al mundo dando cintarazos á todos esos farsantes que se las vienen echando de redentores de la clase obrera... ¡y como si tal cosa! Los zurriagados disimulaban hasta con cierta habilidad los coscorriones que recibían y parecía que ni estaban en autos de la publicación de EL ZURRIAGO.

Peró todo tiene fin en este mundo, y el disimulo ridículo de los ridículos escribidores de la *Escupidera* también lo tuvo.

Los hombres, ó lo que sean, no pudieron sutrir más... y reventaron... ¡reventaron como revientan los sapos cuando después de lanzarlos al aire caen en tierra con velocidad vertiginosa!..

Una prueba de este reventamiento asqueroso la tenemos en el empeño, empeño bien imbécil por cierto, que ponen los mamelucos de la *Escupidera* en averiguar quiénes somos los que escribimos en el despreciable papalín.

¿Qué fin persiguen ó qué se proponen esos tales con resolver tan trascendental problema? ¿Descansarán, dormirán tranquilos el día que sepan quiénes somos los que un día y otro sacamos á relucir sus medios de vida, sus rufianadas, dignas de cadena unas veces y merecedoras de mordaza otras? ¿Conseguirán reposar sin contracciones nerviosas el día que tal cosa averigüen?

¡Pobres diablos! Trabajo tienen si no duermen tranquilos hasta que sepan quiénes son los que EL ZURRIAGO escriben y en el ponen

en la picota los méritos y servicios de la gente de la *Escupidera*, se esa gente ante la cual la decencia se avergüenza y la honradez baja los ojos...

Los nombres de mis queridos amigos los entusiastas zurriaguistas Sres. Huelmoy Miranda, de Mieres, así como el Sr. Abuja, de Cudillero, vienen figurando en las columnas del papel socialista, para que toda la recua que sigue á Vigil sepa que son redactores de EL ZURRIAGO.

Insigne majadería, estupidez fenomenal, inbecilidad incalificable comete la *Escupidera* si cree que al publicar esos nombres pone una pica en Flandes. Ni la *Escupidera* ni todos los soplonos que la *Escupidera* alquile sabrán quiénes son los que escriben en EL ZURRIAGO.

Y hasta en este modo de proceder se diferencia esencialmente EL ZURRIAGO de la *Escupidera*.

Al ZURRIAGO nada le importa, ni en lo más mínimo le preocupa saber quiénes puedan ser los palmitos que en el periódico de Vigil estampan sus graznidos. EL ZURRIAGO se limita á darleña á todos los farsantes que engañan á los obreros, sin reparar si estos farsantes se llaman J, X ó Z, si son maestros de escuela, abogados con bufete ó zapateros de portal.

EL ZURRIAGO vino á la vida para hacer morder el polvo á la manada de pillos que predicando el bienestar de la clase trabajadora, de la humilde clase obrera, no hacen otra cosa que medrar á costa de ella y á costa de ella darse vida de solemnísimos... burgueses.

Y Dios mediante, EL ZURRIAGO no cejará en esta tarea, que el deber le impone, y continuará como hasta aquí ó con mayor empeño todavía (ya que está demostrado que á la *Escupidera* le hace cosquillas) dando desazones á toda la gente del periódico de Vigil ¡de esos regeneradores que tienen el cinismo de echárselas de personas decentes!..

¡Como si el ganado trashumante que escribe la *Escupidera* supiera lo que son personas ni lo que es decencia!..

El Domini Giraldo.

¡AY, QUE PALO!

Me refiero al morrocotudo que la agrupación socialista de Mieres, la más numerosa de Asturias seguramente, acaba de dar al incomparable Vigil de mis zurriagazos.

Yo siempre creí y sostuve que los socialistas asturianos, aunque muy arrimados á la cola, no lo eran tanto que dejasen de comprender lo aulo y majadero que es Vigil.

Pero aunque siempre pensé así, no esperaba que la Agrupación de Mieres, nada menos, llegase á hacer público su deseo de que *La Escupidera* se escape de las manos pecadoras de Vigil.

Pues sí, ello es que en el congreso regional socialista celebrado últimamente en Sama, se discutió esta proposición presentada por los compañeros de Mieres:

«Conveniencia de que el periódico *La Aurora Social* se publique en Gijón.»

«Ustedes se han fijado en la trastienda de la proposición esa?»

«Por qué dirán los socialistas mierenses que su órgano periodístico debe publicarse en Gijón?»

«Porque está allí el Comité provincial, de que es órgano?»

«Pero si ese Comité está en Oviedo, y nada se dice de trasladarlo ni se pensó en ello!...»

«Porque Gijón es el lugar más céntrico?»

«Todo el mundo, hasta Perfecto el Federal, sabe que no hay tal cosa.»

«Porque en Oviedo no hay imprenta donde se admitan tantísimas burradas?»

«¡Qué! Allí está la de E. Uria que engulle de todo.»

«Pues entonces?»

«No cabe otra explicación: porque en la industriosa villa no hay ni Vigil ni Federal que con sus artículos estólidos deshonren a los mismos socialistas.»

«Bien por la Agrupación de Mieres.»

«Ay, qué palo, Vigil amado!»

LLANES

CHÁCHARA

—Ola, Camándulas.
—Qué hay, Chipóndila?, ¿de dónde vienes?
—De la Tigerina.
—Entonces traerás mucha que contar.

—Algo, algo.
—Oye, ¿verdá eso que dicen de que allí se degüella á tou el mundu?

—No tanto, pero tampoco e verda eso que anda diciendo siempre esi que llamen Benigno, de que allí como hay unu de cada familia, no se puede hablar mal de nadie. Y pa mí que debe ser él, el de la orquesta.

—Y quién será el músicu mayor.

—Paezme que i llamen Tano.
—¡Hombre, si esi va toos los días al Rosariu!..

—Y eso ¿qué tien que ver? ¿No ves que como allí, generalmente, aquel de quien se habla mal no suele estar presente, ni se entera como no sea por casualidá? Por eso mismo no hay ofensa y donde no hay ofensa no hay de que arrepentirse.

—Chico, discurre como un Fleury.

—Qué gracia.

—Oye, y ¿de qué hablaron?

—De muchas cosas. También hablaron de Saro.

—¡Chist!, cuéntamelo bajo.

—Decían que habla estao malu ocho días de una rabieta porque no lu hicieron diputáu provincial; pero eso no lo pongas en el periódicu porque no quiero que lu vean ponese feu cuando lo lea.

—No puede ser, porque ya está anotáu y á mí no me gusta borrar lo que escribo.

—Pues entonces pon debajo una rota que diga: *no valc.*

—No, hombre, que van á creer que decimos que no val pa diputau.

—¿Qué han de creer?

—Díme, y qué más hablaron.

—Después unu que llamen Juan el de la *vapora* hizonos reir la mar hablándonos de la boda de Pepito y la Coxa, de otru de Posada que se iba á casar y no se casó porque estaba casáu y de otru de no sé dónde que cuando iba pa la Iglesia con la moza, detúvolu la Guardia civil porque se había escapáu de presidiu.

«Po lo que se ve esti debe ser el que lleva allí el Registru de los matrimonios que se deshacen.»

—Sigue, sigue contando.

—Después unu que llamaben Robledo y otro que llamaben Sobrino, entamaron un diálogu, pero yo no vos entendi lo que decían porque los demás reíanse muchu.

—Y ¿no te acuerdas de ninguna palabra?»

—Sí. Decían me suena... me da gusto... y otra porción de cosas.

—¿Apunto más?

—Si, las carcajadas de unu que llamaben el Torreru que debían oíse de Portu-Arturo. ¿Qué pulmones! Pa mí que debe haber siu sochantre de alguna iglesia.

—Está bien, Chipóndila, pero acaba de dar la una y media, y yo como más tempranu que el Juez. Hasta luego.

—Hasta luego, Camándulas.

Histirisptis

MIERES

VAPULEO

Extracto, lo más extractado posible, de la sesión que este ilustre Ayuntamiento celebró el día 22 del corriente mes.

Presidente el Sr. Suárez.

El aspecto de la plaza, digo, de la sala es magnífico. No hay ni una localidad desocupada. La *masa* socialista llena gran parte del salón y está atenta á todo lo que dicen sus representantes. Hay socialista de la clase de *crímenes* que, desde que empieza hasta que concluye la sesión, no cierra la boca. Parece que está siempre pronunciando la letra A.

Léase y apruébase el acta de la sesión anterior.

El Sr. Presidente dice que habiendo muchos asuntos de que tratar, no concedía el tiempo que otras veces se dedicaba á ruegos y preguntas.

Pero como el Alcalde propone y los del bloque... son muy amigos de hablar mucho, por lo mismo que hablan desastrosamente, no pudo resistirse Juan Jove (a) *Blasfema* y suplicó al Sr. Suárez le «escuchara un momento nada más», y el Sr. Suárez, complaciente, como en él es *ingénito*, le dijo que «bueno, pero en seguida.»

Juan manifiesta que lo del lavadero de la Peña continuaba como siempre, sin vigilancia, *entrando los carros al bebedero y lavando en éste las mujeres.*

Juan esta vez no habló nada de aquellos animales raros que se llaman *parejas* ni tampoco dió que las mujeres *despellejaban* en el bebedero los pescados.

Por lo visto Juan averiguó que no hay animales llamados *parejas*, y llegó á saber que los pescados no se despellejaban.

Algo es algo y no estará de más que el activo concejal del bloque continúe dedicándose al estudio de la Historia Natural.

Añadió el simpático Juan que dicho lavadero «estaba amenazando (*¿á quién?*) ruina (*¡ahl!*...), por tener las columnas en el aire» y añadió «que estaba muy sucio (*el lavadero, no Juan*) y que «¿qué dirían los forasteros que nos visitarían en las próximas fiestas?»

Pues hombre si los forasteros se fijan en el lavadero de la Peña quedarán encantados de tan notable maravilla. ¡Ahí es nada, un lavadero con las columnas en el aire! ¡El día menos pensado vemos el lavadero de la Peña elevarse á los espacios como si fuese un aerostato grotesco ó socialista!»

¿Que el lavadero está sucio? ¿Y qué? Más sucio está Prudencio, el *Tuntu del Nilón*, y sin embargo es el Presidente más fresco que ha tenido, tiene y tendrá la Cooperativa de la Fábrica.

El Sr. Suárez promete complacer al Sr. *Blasfema*, digo, al Sr., digo al compañero Jove.

Habla luego el ilustrado Juan González, también *bloquista*, y dijo: «Suplico al Sr. Presidente que el día de la foguera de San Juan no permita que los establecimientos estén abiertos más que una hora ó dos más de lo reglamentario, porque son muchas las molestias que al público se ocasionan y además se fomenta el vicio de la borrachera.»

El Sr. Suárez escuchó plácidamente al del bloque, le miró, le volvió á mirar, se sonrió y... nada ¡ni una palabra!

De propósito subrayé yo en el discurso del distinguido concejal bloquista lo de las muchas molestias, para que se vea hasta qué punto llega la frescura de estos socialistas más ó menos machihembrados.

Una fiesta tradicional, popular y simpática como es la foguera de San Juan, en la cual toma parte todo el verdadero pueblo mierense, se pretende por estos regeneradores ridículos y bodoques, todo en una pieza, ir reduciéndola, anulándola, pues á eso se tira, con el pretexto de molestias al público.

Y miren ustedes quiénes son los que hablan de molestias! ¡Los que la víspera del primero de Mayo estuvieron toda la noche, lo que se llama toda la noche, disparando cartuchos de dinamita sin respetar á nada ni á nadie!...

¿Y tienen cara dura para hablar de molestias! ¡Si serán maestruzos!

Hizo por lo tanto muy bien el Sr. Suárez en *pitorearse* del González, mirándole, riéndosele y no contestándole.

El secretario, Sr. Jove (*no confundirle con el otro Jove, porque hay diferencia*) da lectura á un oficio de la comisión de festejos de San Juan invitando á la Corporación municipal á las corridas de toros.

Estornuda el compañero Juan Jove y dice que los concejales socialistas no concurrirán á tal espectáculo por inultito.

Está visto. Estos concejales socialistas van á morir de un empacho de cultura. ¡Y pensar que hace pocos años iba á todos á los toros de Gijón y Oviedo! ¡Cuánto hace el estudio y la jornada de ocho horas!

Presentan en seguida los del bloque una moción pidiendo no fuera la banda municipal á las corridas de toros y que tocara para el público (no decían donde.)

Defiende la moción el compañero Juan González y dice: «El Presidente no quiere quitar la luz de la iglesia por miedo á alteración de orden público y no tiene miedo que, de no acceder á nuestras pretensiones, haya también alteraciones de orden público.»

Pero ¡que si quieres arroz, Catalina! El Sr. Presidente le mira con socarronería, como le había mirado antes y nada más. La música va á los toros.

Los socialistas protestan y el elocuente Manuel Alvarez, con energía y demás, dice al Presidente que de seguir así favoreciendo á *paniaguados*, se retirarían de allí.

El Sr. Suárez, oída la despampanante

frase del bloquista Alvarez, lo llama al orden en palabras correctas, y Manuel Alvarez no se atreve á cantar más frescos, como dice *La Escupidera*, y se queda en su actitud habitual, esto es, mirando á las patas de la mesa presidencial.

Hubo otras cosas de poca importancia tratadas, de las cuales no puedo decir más por falta de espacio.

MIRÓN

Por la copia

El Dómine Giraldo

P. S.—El concejal Valentín Rodríguez, republicano de dos cosechas acá, se ha metido á gracioso ó quiere meterse á gracioso á costa de EL ZURRIAGO.

A mala parte va Valentín con esas pretensiones, por lo cual le aconsejo que se comprima un poco y no sea tan... *Bomba*.

Pues si verán ustedes lo gracioso que es Valentín... Al lado de la mesa de la prensa (en la que en el día de autos se sentaba solo, para solo es bueno, el célebre Huergo) hay una puerta que comunica á una antesala del salón de sesiones y que siempre estuvo abierta. Quiso Valentín cerrarla y mandó á Huergo que lo hiciera, y, al obedecer Huergo, dijo Valentín:—«Mire usted no quede fuera el corresponsal de EL ZURRIAGO.»

El Sr. Noriega que dicho día le tocaba estar al quite, intervino y dijo «que no hacía falta corresponsal mientras hubiera concejales-corresponsales.

Como se ve, tanto D. Valentín como el señor Noriega tienen EL ZURRIAGO montado en las narices.

¡Cuidado que son quisquillosos estos señores! ¡Quién les mandará á ellos meterse á hombres públicos cuando en verdad debían dedicarse solamente á la apacible tarea de escardar cebollinos!»

El Dómine

LAS COSAS CLARAS

El Bombo de la familia, como siempre per no variar, sigue metiéndolo todo á barato y confundiendo lastimosamente lo que sólo un memo ó un malvado pueden confundir.

La querrela presentada al Juzgado contra su director Carlos Calzada, le sacó de quicio, y ni duerme ni descansa pensando en ella.

Pues aunque con lágrimas en los ojos y lo otro en los pantalones, buscó azorado y confuso, puerto de refugio en un diputado á quien suplicó que se declarase padre adoptativo de la criatura ya que su desnaturalizado y cobarde padre natural se niega á reconocerla, este ignominioso recurso tiene varios lados vulnerables, y uno so' o que falle vuelve á dejar al farol de Carlitos en las astas del toro.

Por eso el infeliz, al verse cogido, chilló y se despepitó maldiciendo de su suerte y de su torpeza como abogado que no advirtió, el miope, el lico en que le metía su oficioso defensor y amigo (de última hora) *Silo de Villafria, presbitero*.

Compre do perfectamente la desazón de Carlitos, como comprendo que en un arrebató de ira, quemó el título de Licenciado en Derecho, ya que para maldita la cosa le sirve, como no sea para deshonrarle.

Lo que no comprendo es ese afán de querer confundir en la cuestión de la querrela á EL ZURRIAGO con el querellante.

Todas las cuestiones que los zurriaguistas tienen pendientes con *El Porvenir* de Calzada (¡triste porvenir!) las vienen ventilando victoriosamente desde las columnas de EL ZURRIAGO, sin necesidad de apelar para nada a los tribunales de justicia de los cuales desconfían para obtener ciertas reivindicaciones.

Quien ha llevado a los tribunales al Director de *El Bombo* de Calzada ha sido D. Eulogio Suárez Méndez, no como zurriaguista, que nada absolutamente tiene que ver con la Redacción de EL ZURRIAGO, sino como Director del Colegio de San Luis, y por injurias inferidas a dicho Colegio y a sus profesores en el libelo infame que para mengua de sus habitantes se publica en Navia.

De suerte que ni siquiera el querrelante acude al Juzgado para pedir reparación de ofensas personales, sino de las inferidas a la colectividad. Tanto es así que para entablar la querrela ha precedido un acuerdo unánime de D. León Castañón, D. Segismundo Orche, don Manuel de la Vega, D. Tomás Fernández y D. Eulogio Suárez, profesores propietarios del citado Colegio, en virtud del cual su Director en nombre de todos pidiera cumplida reparación por las ofensas inferidas al Colegio y a sus profesores en los artículos denunciados de *Silo de Villafria*.

¿Qué se propone, pues, *El Porvenir* al querer mezclar en esta cuestión el nombre de EL ZURRIAGO? ¿Ni qué tiene que ver el clericalismo y la intransigencia religiosa con la injusta difamación de que fué objeto el Colegio de S. Luis?

EL ZURRIAGO pudo ser la causa ocasional para que *Silo de Villafria* metiera la pata torpemente sin que lo advirtiera el eminente jurisconsulto, Director de *El Porvenir*, Carlos Calzada; pero ¿he de ser por esto responsable yo de que los profesores del ofendido Colegio gasten malas pulgas y le enseñen los dientes a Carlitos?

Y aquí es de notar la flagrante contradicción en que incurre el *Bombo* metido como está en un callejón sin salida.

Viene un día hecho un brazo de mar, calificando de *zoquetada* lo de la querrela, jurando y perjurando que no hay méritos para ella; y al día siguiente habla de *perdón*, de *paz*, de *tender un velo*, etc., etc., y se va su Director al Juzgado, y viendo que la *zoquetada* presenta mal cariz confiesa paladinamente que *Silo de Villafria* reniega de su propia obra, y endosa el mochuelo al farol de Calzada, que considerándose perdido apela.... (vergüenza da decirlo) a Pi y Arsuaga para que le cubra con su manto.

¡Esta es la honradez, la hidalguía, la nobleza de los hombres de *El Porvenir*!

¡Esta es la felicidad que prometen y nos han de traer los republicanos! A esto llaman «negro fan-

tasma... de rancias doctrinas», *envuelto... en su envoltura*, como dice el zambombo de *Sarasqueta*, sin saber, por supuesto, lo que dice.

En fin, tan vergonzoso y deseado es el acto realizado por Carlos Calzada en el Juzgado echando la culpa de las injurias inferidas, a un Diputado por Madrid, que ni siquiera se atrevió a contarlo en su periódico.

¡El mismo se avergüenza de lo hecho!

Y tiene razón para avergonzarse.

Eso sólo pega bien en granujas y canallas.

¡SI VIVIERA CLARÍN...

No como novedad sino para que mi colega *Heraldo de Avilés*, que calificó de apasionadas e injustas mis campañas *anti-pedagógicas*, vea que no soy solo en juzgar a los pedagogos con cierta merecida dureza, copio las siguientes líneas que por casualidad encontré en un recorte de un periódico de Gijón.

Mientras vivió Leopoldo Alas, tan mágica sugestiva influencia ejerció sobre sus compañeros de claustro, que Buylla apenas si decía entonces *esta boca es mía*; el joven envejecido, señor Altamira, se guardaba muy bien de *bombear* a cualquier Sánchez Díaz ó al primer bachiller extraviado, y, en cuanto al *latero* de Posada, condenado al silencio, ni siquiera ansiaba pasar de la categoría de *catadrático afurriado* que por clasificación le corresponde. Tal era la psicológica ó si se quiere *gúmica acción de presencia* del gran satírico del siglo XIX. Mas, el pobre Clarín resistente freno de sabios y literatos de pacotilla, murió y desde entonces *aquello* se *sease* el claustro de Oviedo, tué la *mar* con sus correspondientes *piscis* y *gaviotas* científicas. Los *viajantes* de la *Sociología* y de la *Economía barata* (*aves y piscis*) volaron, nadaron, tendieron sus alas por el éter sutil de la extrajera semi-sabiduría, y, tan á gusto como el pez en el agua, y el pájaro en el aire, tomaron como filósofos y hombres de ciencia á muchos congrios y *merluzas* transpirenácicos, cuando no á ciertos italianos del organello sociológico.

Y *aves y piscis* fueron declarados sabios oficialmente. Y mangonearán todo eso del Instituto del trabajo, traduciendo una infinidad de descubrimientos científicos, con los que asombrarán á Europa y á Nueva Zelanda.

Y tuti contenti. Pero señores del público, digo yo: ¿será posible que haya por ahí quien se las prometa muy felices del ingreso de ciertos caballeros en lo del Instituto del trabajo? ¿Qué esperar de los defensores de aquel Orfelinato de París, que disolvió la policía? ¿Qué esperar de un Posada, catálogo traducido y ambulante de librerías? ¿Qué puede hacer de notable un hombre que, después de escribir millares de resmas, de ennegrecer algunas hectáreas de blanco *papyrus*, plumeando acerca de «El movimiento obrero», acaba por confesar que no sabe lo que es eso?

Y no crea el lector que improviso. Allá va la copia textual de un parrafito extraordinario, escrito para un número también extraordinario, que un ilustrado periódico dedicó á la extraordinaria fiesta del trabajo.

«¿Qué es el movimiento obrero? ¿por qué avanza de ese modo? ¿qué fuerzas le impulsan? ¿qué estímulos lo mantienen?

Claro está que no voy á contestar á esas preguntas. ¿Quién puede?»

Cualquiera, señor Posada, que haya estudiado un poco, aunque no sea *catadrático*, ni sabio oficialmente. Y si usted se empeña en ello, yo que no soy ni siquiera *semisabio*, ni *sociólogo*, ni *burgués*, ni obrero exaltado, ni de la *Extensión universitaria*, podría á mi modo contestarle á esas preguntas, como cualquier Morató. ¡Conque figúrese usted lo que podrían contestar los verdaderos sabios, los que no son del montón en el que forma este oscuro escritorzuelo!

Para contestar á ciertas preguntas, bastan sólo franqueza y buena voluntad, sin hacer intervenir á la ciencia para nada. Esto, con las respuestas de aquellas preguntas, lo sabe D. Adolfo; sino que es preciso, muy conveniente, y hasta *viste bien* dar á las cosas más claras todo el aire de intrincadas cuestiones. Así obtenían en los antiguos tiempos un valimiento social extraordinario, los augures y arúspices, en medio de la ignorancia.

¿Cuánto quiere apostar el más desconfiado á que Buylla y su homólogo, saben al dedillo, qué cosa es el «Movimiento obrero»? Lo que sí es de creer y de presumir, es que alma nacida sepa los medios de resolver el problema que plantea ese movimiento; la manera de ponerlos en práctica, de satisfacer por completo á ese movimiento, para lo que hacen falta algo más que leyes y decretos, ya que toda reforma que se emprenda, ha de ser posible, realizable, y «no lo será, si no tienen su antecedente y su consecuente en el medio social en que viven los pueblos». (Palabras de un sabio belga, cuyo nombre averiguará Posada).

No deja de tener gracia eso de escribir tanto acerca de una cosa, para salir diciendo que no se sabe lo que es, ni *por qué avanza* ni *qué fuerzas lo impulsan* (lo que es lo mismo que lo anterior, tratándose de movimientos y sabiendo que fuerza, según la *Mécanica*, es toda causa de movimiento ó de modificación de movimiento), y además *albardas* superpuestas que D. Adolfo coloca. Pero todavía tiene más gracia decir eso, sabiendo las causas de todos esos *porqués*.

Buylla, que sabe mucho más que Posada y que, si no fuera un teórico, podría hacer mucho práctico en favor de los obreros no es capaz de escribir lo que don Adolfo II. Sin tratar de ofender al señor Posada (¡librenos Dios!), se nos antoja que D. Adolfo I es mucho más francote que el segundo igual nombre.

Un nombre que, al parecer, cree factible, *disminuyendo el rendimiento de la renta sin trabajo* (¡no entiendo esto!) «hacer imposible que haya nadie que pueda vivir exclusivamente del trabajo de otro» ¡si será teórico!

¡Ay señor Posada! ¡Cuántos y cuántos morales viven y vivirán exclusivamente del trabajo de otro y aún de otro! Pero, ¿de veras cree usted con formalidad, en serio? ¿Que sí?

¡Adiós con la colorada! ¡Pobres mujeres, niños, ancianos, tullidos, enfermos, soldados, tontos, locos, hombres que hacen trabajos inútiles para *vivir per se*, individuos que hacen trabajos perjudiciales ó nulos, etc., etc.

POZO NEGRO DE «EL ZURRIAGO»

Esta semana llegaron las siguientes inscripciones.

MANUEL ALVAREZ, *el orador*

JUAN GONZALEZ

LOS GANSOS DEL CAPITOLIO.

Todos estos usan dos pies, y sólo se diferencian unos de otros en que los gansos tienen pluma y los dos personajes primeros, Manuel y Juan, tienen pelo; pero esto no es *óbice* para que, como los del Capitolio, comentan buenas gansadas.

(Continúa el pozo sin tapar)

Zurriagazos

Dice *La Escupidera*:

«Con el nombre de Emilia, ha sido inscrita en el registro civil (de Mieres) una hija de nuestro camarada Antonio Fernández.—Dos pesetas que perdió el cura y una panemá menos en Mieres.»

Y una estupidez más en todas partes.

Una frase.

No de Maura precisamente, que es quien goza hoy, al parecer, de la exclusividad de fabricarlas, ni de ninguno de los *fraseólogos* célebres que en el mundo han sido.

Sino de un colaborador de *La Nueva Región*.

Del celeberrimo M. V. R. en colaboración á su vez con Roque Barcia, según él mismo dice.

Aunque esto bien se podía presumir, cuando M. V. no lo dijera, porque esas iniciales M. V. R. están diciendo á voz en grito *Me Valga Roque*. Si no es que significan *Manuel Vigil Redvivo*.

Propónese el famosísimo M. V. etc. demostrar «la enorme contradicción en que viven Cristo y la Iglesia.»

Y para ello después de copiar algunas de las palabras pronunciadas por N. S. Jesucristo para encomendar á S. Pedro al gobierno de su Iglesia, dice *argumentando* el gran M. V. R.:

«No puede testar el que está vivo, y por consiguiente....»

Sólo pueden testar los que están muertos.

Esta consecuencia no la saca M. V. R. M. V. R. solamente saca un par de extremos para recalcar contra la lógica al querer dar contra la Iglesia.

La consecuencia la deduje yo que sé lo que me traigo entre manos.

Al contrario de lo que le ocurre á M. V. que no sabe lo que escribe entre pies.

Y antes de soltar á M. V. R. voy á contarle un cuento.

En cierto pueblo, de cuyo nombre me acuerdo perfectamente, vivía un caballero que valía por dos, puesto que era hombre prevenido, el cual caballero estando en sana salud quiso hacer testamento. Al efecto fué á casa del Notario, dijo cuál era su última voluntad por el momento, consignó ésta en el papel correspondiente, y luego fueron llamados dos testigos que firmaron el documento «después de haberlo leído íntegramente.»

Y hasta aquí, como se ve, no aparece Roque alguno por ninguna parte; pero ahora saldrá.

Al retirarse los testigos, uno de ellos, que merecía ser, por lo menos, director de *La Nueva Región*, dijo lleno de asombro al compañero: «Pero este hombre hace testamento en vida!» (Histórico).

Pa mí que el testigo de marras anda en la Redacción del periódico republicano gijónés...

¿Qué opinan ustedes?

EL ADMOR. DE «EL ZURRIAGO» AL SEÑOR DIRECTOR DEL MISMO.

Sr. Director: D. Perfecto García, *el Federal*, no es suscriptor de EL ZURRIAGO ni se le envía el periódico gratis. Cierta que alguien indicó que se le remitiera regalado; pero nos dijeron que Perfecto leía con dificultad la letra de molde, y, por no darle ocasión de perder el tiempo en *soletrear* desistimos de hacerle el regalo.

Por otra parte, para el uso que *El Federal* indica en la suya, es EL ZURRIAGO papel demasiado grande y demasiado fino; á Perfecto le basta para ese menester un pedacito de lija con un agujero para meter el índice, pues sabido es que Perfecto anda siempre con el cerote entre los dedos.

Es cuanto tiene que decirle, Sr. Director, en contestación á su tarjeta de hoy jueves su afmo.—EL ADMOR.

NOTA. Esta esquela no se publicó en el número anterior por falta de espacio.

Pravia.—Imprenta del Colegio